

¿Qué significa cumplir los cuarenta? Cultura y crisis a la mitad de la vida *

Así, vemos que no deberíamos subestimar la influencia de los números, desde que en muchos pasajes de las Sagradas Escrituras los números tienen un significado para el intérprete concienzudo. No sin razón se ha dicho, en alabanza de Dios: «Tú que has organizado todas las cosas en medida y número y peso».

SAN AGUSTÍN, *La Ciudad de Dios*,
Libro II, capítulo 30

En una estimulante y altamente sugestiva disertación, Misia Landau (1981) propuso la idea de que interpretásemos los tempranos textos evolucionistas como género literario. Tomando los datos del folclorista Vladimir Propp, descubre que Darwin, Spencer y otros coetáneos estaban contando una historia que tenía mucho en común con la narración folklórica y el mito. Era una historia basada en un modelo cultural —esto es, en un sistema implícito de elementos y reglas— del cual los autores mismos no eran conscientes. Desde esta perspectiva, la historia del desarrollo del hombre a partir del reino animal se lee como muchos cuentos narrativos de éxito popular.

De igual modo, han existido siempre historias que predecían sobre el desarrollo ontológico humano. Por ello, tanto los psicólogos experimentales como los paleoantropólogos deberían ser leídos como escritores de ficción, que cuentan relatos estandarizados sobre el largo trayecto que se recorre desde el nacimiento a la muerte. Desde un punto de vista antropológico, estas historias coinciden con los conceptos de «plan de vida», o «sistema organizado de expectativas compartidas sobre cómo se vive la existencia», de Robert Levine (1980: 82). En EE.UU., como en todas partes, prevalece un cierto plan de vida, una configuración de ideas particular y culturalmente determinada a cerca de lo que constituye una progresión normal o predecible de una vida, a través de la infancia y la edad adulta. En gran parte, nuestros psicólogos del desarrollo expresan,

(*) Traducción a cargo de BELÉN RODRÍGUEZ MOURELO.

e incluso refuerzan, el plan de vida del público americano en general. Inconscientemente, los expertos han adoptado categorías culturales que prevalecen en la sociedad que les rodea.

En este estudio desearía examinar sólo un aspecto concreto de nuestro plan de vida: los cuarenta años de edad como un momento crucial del desarrollo. Centrándonos en este estadio, espero demostrar cómo nuestras ideas sobre el desarrollo humano están configuradas por una variedad de sutiles influencias, incluyendo de modo especial el simbolismo de los números. Creo que existe una correspondencia general entre el modo en que pensamos en los números y el modo en que pensamos en las edades. Los cuarenta representan un caso extremo de este modelo y, por tanto, constituyen un buen ejemplo.

He establecido tres objetivos para la discusión: en primer lugar, perfilar brevemente algunas de las transformaciones personales que se dice ocurren a los cuarenta años; segundo, explicar por qué los cuarenta han llegado a ser considerados como una línea divisoria; y finalmente, analizar varios cambios recientes en nuestras percepciones de lo que ocurre a los cuarenta. Mi objetivo global es mostrar que esos potentes símbolos, como los cuarenta, pueden perdurar porque sus significados precisos varían de acuerdo con las circunstancias socioeconómicas que los rodean.

1. CAMBIOS A LOS CUARENTA

Para empezar, revisemos rápidamente algunos de los principales tipos de transformaciones personales que están asociados comúnmente con los cuarenta años. El cambio más frecuentemente citado es el inicio de una sensación difusa de desasosiego e infelicidad. En un momento antojadizo, Jules Henry (1973) tituló este síndrome «el miedo a los cuarenta años». Él y otros (por ejemplo, Fried, 1967; Mayer, 1978; Davitz y Davitz, 1976) describen los cuarenta años como una época de trastorno emocional, cuando los individuos pierden el control firme sobre unas vidas que han mantenido en el curso de varias décadas. Los de cuarenta años, se dice, sufren una crisis de identidad. Los hombres están llamados a hundirse en la depresión, a dejar a sus mujeres e hijos; las amas de casa, a tener amantes y a procurar otras escapatorias de lo que, de pronto, reconocen como una monótona rutina doméstica. Estos hechos —se nos ha dicho— pueden ser temporalmente dolorosos. Pero, tal y como son descritos en la literatura, los individuos pasan a un nuevo estadio de vida en el que se asume una perspicacia más profunda y una estructura personal más fuertemente integrada que la que él o ella tenían previamente.

La mayor parte de lo que oímos o leemos sobre traumas emocionales a los cuarenta está basado en una evidencia meramente subjetiva. Sin embargo, numerosos estudiosos y clínicos refuerzan estos estereotipos. Por ejemplo, Daniel Levinson sostiene que para la gran mayoría de sus informantes masculinos —que son por cierto individuos de cuarenta años— esta edad es «una época de crisis moderada o fuerte. Cada aspecto de la vida [de los informantes] se convierte en pregunta y se horrorizan por todo lo que se les revela. Están llenos de recriminaciones contra ellos mismos y los demás» (Levinson et al., 1988: 199). El informe de Levinson está en consonancia con la reivindicación mucho más temprana de Carl Jung de que se da «un crecimiento en la frecuencia de depresiones en hombres que rondan los cuarenta años» (Jung, 1969 [e.o. 1931]: 395). No es una mera coincidencia que a los cuarenta años haya sido atribuido principalmente a los hombres un estado de infelicidad impreciso, pero ya poderoso. De hecho, hasta la década de 1970 no llegó a ser común encontrar referencias de esta crisis de los cuarenta en las mujeres. Volveremos a este punto más tarde.

Un segundo síntoma más concreto se refiere al aspecto fisiológico de la edad, que incluye la disminución de la fuerza corporal, el deterioro de la imagen, la reducción de la energía sexual y otros fenómenos similares. Como puso de manifiesto la popular psicóloga Barbara Fried, «el individuo de cuarenta años tiende a estar morbosamente convencido de que se encuentra realmente enfermo (el deterioro mental y los problemas de corazón son dos diagnósticos especialmente típicos) y a lamentarse de la degeneración, real e imaginaria, de sus capacidades físicas y mentales» (Fried, 1967: 11-12). No hay duda, pues, de que cuando un atleta profesional mantiene a los cuarenta su continuada participación activa en el mundo de los deportes llega a ser incluso de interés para la prensa. No deberíamos sorprendernos ante la reciente aparición de un anuncio de televisión sobre un nuevo champú, «Affinity», diseñado para «el cabello de más de cuarenta años». La prensa americana también ha mostrado su interés en las innovadoras leyes publicitarias de Israel: allí, donde las enfermedades respiratorias y pulmonares son abundantes, el Parlamento prohibió a las personas menores de cuarenta años participar como modelos en anuncios de cigarrillos, para hacer que fumar parezca menos atractivo (*San Francisco Chronicle*, 4-I-1983: 13). La imagen de la persona de cuarenta años, deteriorada fisiológicamente, está bien asentada en el mundo occidental y, como veremos más adelante, conectada con tradiciones culturales.

Un tercer y último síntoma específico de los cuarenta es la existencia de una crisis ocupacional. Constantemente se nos recuerda que de pronto,

a los cuarenta años, la gente empieza a rehacer sus carreras y quizá se pone en camino hacia nuevas direcciones. Esto ocurre cuando comienzan a sentirse atrapados por trabajos a los que ya no encuentran más satisfacción, y a sentirse limitados por la enorme reducción de oportunidades que se le presenta a la gente de su generación. Uno de los informantes de Still aborda el tema directamente: «... la sabiduría popular dice que puedes hacer todo lo que quieras antes de los cuarenta, pero después estás bloqueado» (citado en Still, 1977: 201).

El eco popular de la prensa refuerza nuestra sensación de que los cuarenta años representan un viraje ocupacional decisivo. Por ejemplo, un artículo periodístico sobre la novelista británica de misterio P. D. James nos dice que, aunque ella sabía desde su infancia que quería ser escritora, difíciles circunstancias económicas le impidieron desarrollar esta ambición. La ruptura se produjo, como ella misma afirma, «en mi cuarenta cumpleaños. Me di cuenta de que nunca iba a encontrar el momento apropiado, que otro año había pasado y yo todavía no era escritora» (citado en Garchick, 1982: 11). Después de los cuarenta, James empezó levantándose cada mañana dos horas antes de lo habitual para tener tiempo para escribir. Ella cambió así el curso de su carrera.

Esta experiencia en la vida parecería confirmar la idea de que los cuarenta años traen realmente consigo transiciones ocupacionales. Y todavía hay indicios de que esta edad es considerada a menudo como un cambio ocupacional decisivo, sin que sea así realmente. Tenemos un ejemplo en el director de cine Martin Scorsese (autor de «New York, New York» y «Raging Bull»), quien dice que:

A los cuarenta empiezas a pensar en las cosas de forma diferente. Ahora puedo entender por qué la gente deja de hacer películas eventualmente, porque al hacer películas en tal estado apasionado tienes que creer realmente en ellas, tienes que querer contar de verdad esa historia y, después de un tiempo, puedes darte cuenta de que la vida en sí misma es más importante que el proceso de filmación [...] Por supuesto [...] estás hablando con una persona que renuncia a descansar en este domingo por buscar nuevos escenarios para su próxima película (citado en Kakutani, 1983: 26).

Aunque Scorsese cree aparentemente que los cuarenta años marcan de verdad un giro ocupacional, finaliza su entrevista aseverando que él mismo pretende seguir haciendo películas a los cuarenta. Es claramente consciente del plan de vida estándar americano y, no obstante, toma una decisión consciente de contradecirlo.

Todos los cambios que se atribuyen a los que tienen cuarenta años —el hundimiento en las crisis psicológicas, así como las transiciones ocu-

pacionales y fisiológicas— forman parte de una concepción ya centenaria, en la que dicha edad se convierte en una división crítica entre dos períodos de vida. Esta idea se hace norma en la literatura popular y científica actual. De ese modo, leemos que los cuarenta años constituyen el «mediodía» de la existencia (Jung, 1969: 395). Varios autores describen esta edad también como «el punto medio» de la vida (Peterson, 1967: 19), «la marca de mitad del camino» (Purtell, 1963: 11) y «el momento de la “gran división”» (Harris, 1975: 72), así como un «temible punto básico entre los altibajos de la vida» (Still, 1967: 7). Más de una docena de títulos refuerzan por sí mismos esta perspectiva, como *New Life After Forty* (Peterson, 1967) y *The Male Mid-Life Crisis: Fresh Starts After Forty* (Mayer, 1978).

Ahora podemos entender por qué toda América sonrió cuando Jack Benny se negó a hacerse mayor de treinta y nueve años. Como la mayoría de los humoristas de éxito, Benny conectó con la vida personal de sus oyentes a través de un resorte emocional. Expresando abiertamente su ansiedad por llegar a los cuarenta y la fantasía de no alcanzarlos jamás, su broma sobre la edad llegó a ser proverbial. La aversión en clave cómica de llegar a esta edad proporciona quizá más pruebas, sobre la importancia que ésta tiene para los americanos, que cualquier conocimiento al que podamos llegar a través de los tests científicos y las entrevistas. Siendo así, nos confirma la idea de que los cuarenta son, en verdad, un punto decisivo simbólico, si no real.

2. ALGUNAS EXPLICACIONES POSIBLES

Ahora, lo apropiado es preguntarse: ¿por qué cuarenta?, ¿por qué, cuando consultamos las docenas de manuales que se escribieron para superar la llamada «crisis de la mitad de la vida» —y esto, a propósito, comenzó en 1932 con el magnífico best-seller de Walter Pitkin *Life Begins at Forty*—, descubrimos que esos libros apuntan abrumadoramente hacia una audiencia de cuarenta años o más?, ¿cómo es que esa edad ha llegado a representar el momento decisivo del desarrollo de la edad adulta?

Ciertamente, los patrones demográficos no se pueden considerar responsables. De acuerdo con la definición aún no aceptada de la duración de la vida, los cuarenta años pueden ser considerados el punto medio de la existencia humana. Consideremos la evidencia que nos aportan, por ejemplo, las tablas de vida del siglo XX (Acsádi y Nemeskéri, 1970; Dublin, Lotka, y Spiegelman, 1949): éstas demuestran una variación sustancial en el significado actual de la duración de la vida, con una tendencia constante hacia el incremento de la longevidad. Incluso así, durante este período no

parece haber surgido una edad concreta que compita con los cuarenta para marcar la transición de la mitad de la vida. Igualmente, a la gente hoy en día se le plantea una vida más larga que la que les anticiparon, por ejemplo, en el Renacimiento. Como veremos, el cambio en las expectativas de vida no ha logrado todavía nada para disminuir el significado de los cuarenta a través de los siglos.

Levinson adelanta una explicación biológica para considerar esta edad como un momento decisivo. El hombre primitivo, dice él, rara vez vivió más de cuarenta años: «A esa edad, los niños ya habían crecido, los mejores años de productividad habían acabado, la contribución a la tribu se había cumplido. A los cuarenta el hombre estaba obsoleto» (Levinson et al., 1978: 328). Ahora, cuando esas expectativas de vida sobrepasan los cuarenta, dice Levinson, de algún modo todavía no somos capaces de dar por supuesta la mejora de las circunstancias. «Nuestra profunda ansiedad al pasar los cuarenta —afirma él— refleja la antigua experiencia de la especie: todavía tememos que la vida acabe a los cuarenta» (Ibid., 330).

La hipótesis de Levinson, aunque atractiva, es difícil de defender. Por un lado, su explicación presupone una especie de memoria colectiva, basada en la experiencia de la especie y transmitida genéticamente a la humanidad contemporánea. No hay pruebas de que tal proceso lamarckiano se haya producido. Adicionalmente, mientras es posible llegar a una estimación aproximada sobre la edad de un fósil en caso de individuos jóvenes, esa exactitud es imposible «cuando se tiene que distinguir un individuo de treinta años de uno de cuarenta» (Steward, 1962: 143). Así, es difícil entender por qué Levinson habla con tal seguridad de los cuarenta años como la edad en que la mayoría de los hombres del pasado esperarían morir. Su hipótesis todavía no está probada.

Una explicación más convincente para los cuarenta como punto decisivo parte del dominio económico. Hay pocas dudas de que hombres y mujeres de cuarenta años han sufrido durante mucho tiempo prácticas de empleo discriminatorias. En América, el resentimiento contra la discriminación por edad alcanzó su punto álgido con la publicación en 1948 por Conrad Miller Gilbert de *Nosotros los cuarentones: El montón de desechos humanos de América*. Gilbert predijo que unos diez años después de la publicación de su libro se producirían drásticos cambios legislativos, para evitar lo que llamó «*nuestro cruel y fantástico sistema actual de tirar hombres y mujeres útiles al montón de desechos humanos, sólo porque han alcanzado una edad concreta y alguien los considera demasiado viejos para ganarse la vida...*» (subrayado en el original; Gilbert, 1948: 5).

La predicción de Gilbert era optimista. El país tuvo que esperar hasta

1967 para que el Congreso aprobara el Acta de Discriminación por Edad en el Empleo (ADEA), la cual pretende proteger específicamente a personas que se encuentran en edades entre cuarenta y sesenta y cinco años; pero la más baja —los cuarenta— ha permanecido invariable.

Esta legislación produjo un torrente de procesos judiciales. Por ejemplo, el físico Robert Levy presentó un cargo de discriminación por edad contra la Universidad de California. El demandante declaró que funcionarios de la Universidad de California le dijeron en varias ocasiones «que podían emplear a gente más joven por menos dinero» (*Gazette of Berkeley*, 11 de noviembre, 1982: 5). Levy basó su pleito específicamente en consideraciones de edad. Él declara que no fue contratado porque «tiene más de cuarenta años y... este trato discriminatorio se ha aplicado sistemática y continuamente desde 1966, justo después de alcanzar la edad de cuarenta» (Ibid.). También en academias, numerosas becas y concesiones —la Beca de la Fundación Doherty en Estudios Latinoamericanos, por ejemplo, y el Premio Margaret Mead en Antropología Aplicada— están limitadas a estudiosos menores de cuarenta.

Considerando ésta y otras evidencias similares, ¿podemos suponer que las circunstancias ocupacionales son las responsables de que prevalezca esta imagen de los cuarenta años? En mi opinión —y por razones que examinaremos pronto—, la relación causal inversa ha sido probablemente más consistente. Esto es, la edad de cuarenta ha sido percibida desde hace tiempo como la que marca «el principio de la vejez». Esta arraigada noción ha restringido indudablemente las oportunidades de trabajo, al menos de algunas personas, para mayores de cuarenta. En verdad, organismos de apoyo como *Forty Plus* y *Options for Women over Forty* se han fundado para combatir la imagen estereotípica del decrepito de cuarenta años, de tal modo que sus miembros sin empleo puedan volver a ingresar en el mercado de trabajo sobre bases competitivas.

Otra posible explicación sobre la importancia de los cuarenta es que esta edad coincide con cambios críticos en el ciclo de desarrollo de la familia y el hogar. Aunque los teóricos de esta creencia (por ejemplo, Hareven, 1978a y b; Lowenthal et al., 1975) suelen rechazar la idea de que el desarrollo adulto está determinado por la edad, al menos hay dos formas posibles en que los cuarenta deberían ser considerados coincidentes con el ciclo familiar y, así, adquirir indirectamente un significado por sí mismos. En primer lugar está el llamado «síndrome del nido vacío», el cual, como señalan algunos psicólogos (por ejemplo, Glick y Parke, 1965; Rogers, 1982: 197) suele producir una depresión temporal debido a la pérdida de objetivos en la vida. A pesar de la innegable frecuencia de este tipo de episodios depresivos a la mitad de la vida y su probable coinci-

dencia con los cuarenta años, al menos para algunas personas (especialmente para aquellos en quienes la anticipación del nido vacío, más que el hecho en sí, precipita la crisis) no existe evidencia alguna de que los padres rebasen los cuarenta cuando su último hijo abandona el hogar, o cuando esto puede ser inminente. De hecho, considerando que la fase del nido vacío ha alterado considerablemente su duración con respecto al siglo pasado (Glick y Parke, 1965), mientras que la edad de cuarenta como giro decisivo en el concepto de la duración de la vida no lo ha hecho, sería difícil reivindicar la validez de esta explicación.

Un segundo aspecto del ciclo familiar que posiblemente produciría una preocupación evidente con respecto a esta edad es la coincidencia entre adolescencia y lo que se ha dado en llamar «medioadolescencia» (McMorrow, 1974). Es decir, según los observadores (por ejemplo, Fried, 1967: 59) muchos padres alcanzan la edad adulta media en la época en que sus hijos llegan a ser adolescentes. Esta circunstancia parece incitar o promover un refuerzo mutuo en las actitudes y comportamientos de las dos generaciones: dicho crudamente, la sociedad espera tácitamente que ambos grupos de edad se vuelvan ligeramente locos. Aunque probablemente se da esta interacción, al menos en algunas familias, no obstante no puede establecerse como explicación de la importancia de los cuarenta años. Por un lado, la gente sin hijos —así como los que tienen hijos pequeños o ya crecidos— también sufren lo que se ha llamado la crisis de la mitad de la vida alrededor de los cuarenta años. Por otro lado, los años adolescentes y medioadolescentes abarcan un período de tiempo lo suficientemente amplio, de tal modo que la importancia concreta de los cuarenta años todavía nos resulta un misterio.

Pero quizá esta edad coincide con algunas transformaciones fisiológicas reales. El mejor argumento en contra de esta explicación se deriva de los pleitos gubernamentales. Compañías de autobuses transcontinentales, como las notables Greyhound y Tamiami, han rechazado la contratación de nuevos conductores de autobús por tener más de cuarenta años, bajo el pretexto de que estos aspirantes no serían capaces de llevar a cabo su trabajo de una manera segura y eficiente. En dos sentencias judiciales diferentes (Hodgson contra Greyhound en 1974 y Hodgson contra Tamiami en 1976), los jueces del distrito declararon que esta práctica estándar de empleo violaba la ley de 1967 (ADEA). Argumentando en contra de Greyhound, un juez aportaba pruebas médicas que contradecían el argumento de la compañía acerca del límite de contratación a los cuarenta años (*Judges...*, 1975: 861). El juez que presidió el caso Tamiami adoptó la misma posición: «No puedo aceptar la pretensión de que personas de cuarenta años no puedan llegar a ser conductores de autobús fiables», y

sentenció: «creo vivamente en que la capacidad funcional y no la edad cronológica debe ser el factor más importante para decidir si un individuo puede o no realizar un trabajo con seguridad» (citado en Edelman y Siegler, 1978: 103).

Aunque las Cortes de Apelación de EE.UU. cambiaron eventualmente estas dos decisiones de la corte del distrito, los testimonios médicos a favor y en contra de la revocación fueron, desde luego, definitivos. Por ejemplo, la mayor parte de las pruebas parecían centrarse en lo que le ocurre a las personas de treinta y cinco años (*Judges...*, 1975: 860-863). De hecho, uno de los doctores aseguró que los cambios fisiológicos se dan a los treinta y cinco, pero que no se pueden detectar en un examen físico (Ibid.: 863). Revisando la decisión de Apelación, Edelman y Siegler, considerados expertos legales en discriminación por edad, utilizaron el caso para ilustrar la arbitrariedad de las interpretaciones judiciales (Edelman y Siegler, 1978: 107). Los testimonios médicos suscitados en los procesos de las compañías de autobuses Tamiami y Greyhound constituyen la mejor prueba científica contra la existencia de dramáticos e indudables cambios fisiológicos a los cuarenta.

Si somos incapaces de confiar en la demografía, en el ciclo doméstico, en las prácticas de empleo o en la fisiología para explicar nuestras percepciones a esa edad, entonces ¿quién es el responsable?, ¿a qué se debe? Por supuesto, si nos comparamos con otros, con culturas claramente diferenciadas, nos vienen a la mente algunos apuntalamientos básicos: como el mero hecho de que nuestro lenguaje, a diferencia de otros (por ejemplo, Tylor, 1958: 240-272; Gay y Cole, 1967: 42) nos permita contar hasta cuarenta, o como nuestra dependencia del sistema decimal. Pero estos elementos esenciales podrían ser considerados factores que facilitan los hechos, más que factores que los explican. Al menos, ellos hacen que los cuarenta años sean lógicamente posibles como punto crucial. Igualmente significativo es, sin embargo, el hecho de que vivamos en una sociedad en la que la medida y cuantificación son esfuerzos altamente valorados. Nuestro sistema económico ha hecho necesaria la mensura de nuestro mundo, con asiduidad y exactitud. No hay duda de que nuestra obsesiva medición del tiempo, del dinero y de otros objetos de valor nos ha influido para contar las edades con una precisión y un interés equivalente.

Pero todos estos apuntalamientos culturales tan sólo mantienen la cuestión. Nuestra conciencia de edad y nuestro sistema decimal podría tolerar presumiblemente una variedad de edades, concretamente aquellas que acaban en los números 0 y 5, para representar la línea divisoria de los años. Es verdad que las depresiones al cumplir años son comunes a los treinta, treinta y cinco, cincuenta y otros (Scanlon, 1979). Pero ninguna de

estas edades compite con los cuarenta como límite de edad más singularmente citado. Un indicio de este fenómeno es la fiesta del cuarenta cumpleaños: a través de la elaborada celebración del cumpleaños de los niños, enseñamos inconscientemente a nuestros hijos e hijas que la edad es un asunto de interés. Esos mismos niños y niñas pueden pasar perfectamente algunas décadas post-adolescentes sin una celebración formal de cumpleaños hasta que llegan a los cuarenta, cuando la ocasión llega a ser de nuevo motivo de fiestas públicas. ¿Por qué?

3. SIMBOLISMO DEL NÚMERO

Creo que el simbolismo del número explica ampliamente este asunto. Específicamente, los significados que atribuimos a la edad de los cuarenta derivan en gran medida del significado del número cuarenta. En EE.UU. compartimos con el resto del mundo occidental una importancia implícita en ciertos números —incluyendo el tres, siete, diez, doce y cuarenta— que han llegado a ser cabalísticos. Según la demostración de Dundes con respecto al número tres (Dundes, 1978), organizamos nuestras vidas con referencia a esos números y pensamos en el mundo en términos de ellos, tan sólo con la más leve consciencia, si acaso, de que es así.

Existen pruebas desde tiempos antiguos hasta el presente que revelan, al menos, cuatro dimensiones simbólicas del número cuarenta. En primer lugar, existe el cuarenta como sinónimo de mucho, de un montón. Consideremos lo que el Oxford English Dictionary dice sobre el cuarenta: «Usado indefinidamente para expresar un gran número». Esta denotación ha producido abundantes expresiones coloquiales, algunas desaparecidas, pero otras todavía en uso (Partridge, 1961a y 1961b). Por ejemplo, una persona falsa puede ser llamada «la de las cuarenta caras» (*forty-faced*), como en «mentiroso de cuarenta caras» (*forty-faced liar*) o «coqueta de cuarenta caras» (*forty-faced flirt*). Lo implicado aquí no es que el individuo asuma literalmente cuarenta formas de carácter diferentes, sino más bien que él o ella trata de ser muchas cosas para mucha gente. Se dice que una persona alarmista «tiene cuarenta ataques» (*have forty fits*), como en algunos dialectos ingleses la aversión extrema o el desprecio absoluto pueden manifestarse diciendo: «No lo tocaría ni con un palo de cuarenta pies» (una variante del palo de diez pies, que es común en otros dialectos).

Una extensión de este significado, reconocida también por el Oxford English Dictionary, sería «con inmensa fuerza o vigor». Así, «cuarenta para la docena» (*forty to the dozen*) suele significar «muy rápidamente», como en la frase «se marchó de cuarenta para la docena» (*He walked off forty*

to the dozen), lo que quiere decir «se marchó de forma abrupta y rápida». Aproximadamente a principios de siglo, la expresión «con cuarenta libras de vapor detrás de él» (with forty pounds of steam behind him), quería decir más o menos lo mismo; de una persona que recibe órdenes militares, por ejemplo, se esperaría que respondiera «con cuarenta libras de vapor detrás de él», es decir, sin retraso.

Parece ser que «forty» (cuarenta), como símbolo general de multitud o fuerza, llega al inglés por asimilación fonológica con el francés *forte*, aunque evidencias culturales del Oriente Medio sugerirían otra cosa. Allí, cuarenta se combina con «mil» para producir el efecto de una gran cantidad o fortaleza. La Biblia, por ejemplo, se refiere comúnmente a «cuarenta mil» cuando describe números grandes. Así, leemos que cuarenta mil personas se prepararon para la batalla de Jericó (*Josué*, 4: 13), que Salomón mantuvo cuarenta mil cuadras de caballos para tirar de sus carros (2 *Samuel*, 15: 7) y que en la guerra David pudo contar cuarenta mil soldados de la casa Asher (1 *Crónicas* 12: 36). También David exterminó cuarenta mil jinetes (2 *Samuel* 2: 10) y cuarenta mil hombres de a pie, todos ellos sirios (1 *Crónicas* 12: 26).

«Cuarenta», por sí mismo, denota simplemente «muchos» en algunas lenguas de Oriente Medio. En turco, la palabra cuarenta (kirk) se utiliza normalmente para decir numeroso (Hasluck, 1912-13: 221). También en árabe y hebreo tiene cuarenta el significado simbólico de una gran cantidad. Un proverbio compartido por judíos y árabes gira sobre este simbolismo. Los árabes dicen: «Un judío es un judío incluso después de cuarenta años», indicando que incluso después de un largo período de tiempo no se puede esperar que un judío cambie sus costumbres. El mismo significado está implícito en árabe: «No te fíes de un judío que se ha convertido al Islam, ni después de cuarenta años». En cambio, los judíos orientales emplean variantes de este texto como en Marruecos: «No te fíes de los gentiles, ni siquiera si llevan cuarenta años en la tumba». En Líbano y Túnez: «No confíes en los árabes ni después de cuarenta años», etc. (Hasan-Rokem, 1982: 26). Estos dichos sólo se pueden comprender sustituyendo la palabra cuarenta por «muchos».

Considerando que toda la región mediterránea puede definirse como un área de cultura singular (Boissevain, 1979; Davis, 1977), no es sorprendente que en España la gente diga «Cuarenta sabores tiene el puerco y todos buenos» (Rodríguez Marín, 1930: 70). Aunque musulmanes y judíos estarían sin duda en desacuerdo con la opinión expresada en este refrán, todos podrían aprehender el simbolismo del número que hay en él.

Si cuarenta se ha utilizado comúnmente como una abreviación simbólica de «muchos», también se ha usado, al menos con la misma frecuencia,

para indicar la medida cuantitativa específica «cuatro veces diez». Existen abundantes indicios de este uso en la tradición judeo-cristiana. De este modo, y de acuerdo con la Biblia, el Diluvio duró «cuarenta días y cuarenta noches» (*Génesis*, 7: 4). Moisés estuvo en la Montaña «cuarenta días y cuarenta noches» (*Éxodo*, 16: 35). Los israelitas fueron creados «para vagar por el desierto cuarenta años» (*Números*, 14: 13). Elías (Elijah) estuvo «cuarenta días y cuarenta noches en Horeb, la Montaña de Dios» (1 *Reyes*, 19: 8). Es muy común en el Antiguo Testamento que los reinos, sean de reyes o de jueces, duren cuarenta años. Así David (2 *Samuel*, 5: 4), Salomón (2 *Samuel*, 11: 42) y muchos otros reyes gobernaron durante este período de tiempo, y cuando Eli murió de pronto por rotura de cuello, fue después de haber gobernado Israel cuarenta años (1 *Samuel*, 4: 18). Según las instrucciones de Dios, Moisés estuvo enviando hombres para vigilar la tierra de Canaán durante cuarenta días (*Números*, 13: 25) y mientras los israelitas moraban entre los habitantes de Canaán «el país estuvo en calma durante cuarenta años» (*Jueces*, 8: 28). En el Antiguo Testamento, de hecho, la incidencia del número cuarenta es superada tan sólo por el tres y el siete, y significa como ellos un número estándar, espacial y temporal, y una unidad cuantitativa.

Por esta razón, no hay duda de que el número cuarenta haya adquirido tal importancia en la literatura judía y en la tradición oral. La fuente más rica sobre este punto es *Legends of the Jews* de Louis Ginzberg (1938), quien cita numerosas referencias a este número derivadas de la literatura Talmúdica-Mishrádica, de la literatura Tagumin, Haggadot, Kabbala y de otros comentarios postbíblicos conocidos. Por ejemplo, se dice que Adán y Eva permanecieron en el Paraíso «siete días y cuarenta años» (Ibid., V: 106) y que cuando vino el Mesías su reino sobre la tierra duraría también cuarenta años (Ibid., V: 183). En interpretaciones populares del Diluvio se aduce que la generación de Noé se hizo perezosa e irresponsable porque de una simple cosecha pudieron obtener suficiente comida para cuarenta años (Ibid., I: 152). La tradición popular también relaciona el Diluvio de cuarenta días con «los cuarenta días que Moisés estuvo en el Sinaí; [los israelitas] no obedecían el Tora, que Moisés enseñó en cuarenta días, de aquí que fueran destruidos en cuarenta días» (Ginzberg, 1938, V: 183).

De hecho, la historia de Moisés está llena de referencias al cuarenta. Haggada, por ejemplo, «divide la vida de Moisés en tres períodos iguales. Se dice que vivió cuarenta años en Egipto, cuarenta en Midia (Midian) y cuarenta en el desierto» (Ibid., V: 404). Profetizó durante cuarenta años (Ibid., VI: 385) —como hizo Jeremías, incidentalmente (Ibid.)— y llevó un bastón que pesaba cuarenta «seim» (Ibid., V: 411). Después de recibir los

Diez Mandamientos en el desierto, «Israel lo festejó durante cuarenta días» (Ibid., VI: 250). La leyenda también cuenta que, mientras Moisés guiaba a su gente por el desierto, un manantial de agua les siguió durante cuarenta años, «subiendo con ellos por las colinas y bajando por las llanuras» (Ibid., VI: 21).

Sin embargo, no es sólo la vieja tradición judía la que recurre frecuentemente al cuarenta como unidad cronológica. El Evangelio de Mateo (4: 2), Marcos (1: 13) y Lucas (4: 2) dicen que Jesús pasó cuarenta días en el desierto, donde fue tentado por el demonio. Los ciclos de cuarenta días también son notables en el calendario cristiano (Gaignebet y Florentin, 1979: 17-39). Por ejemplo, el período entre Navidad y la Candelaria —2 de febrero, este día conmemora la presentación del Niño Jesús en el Templo y la Purificación de la Virgen María— es de cuarenta días. La Candelaria (en EE.UU. se conoce popularmente como el «Groundhog Day») constituye, de acuerdo con la ley católica y romana, la época lícita más temprana para el comienzo de la Cuaresma. Alternativamente la Cuaresma, que va desde el Miércoles de Ceniza hasta Semana Santa, dura aproximadamente cuarenta días, de donde se deriva su nombre en algunas lenguas romances: en italiano, *quaresima*, que viene de la palabra cuarenta, *quaranta*; en español, *cuaresma*, de *cuarenta*; en francés, *cuarême*, de *quarante*, etc. Del Domingo de Pascua al día de la Ascensión se da otro período de unos cuarenta días, ya que se supone que Jesús pasó un intervalo de cuarenta días en la tierra entre su Resurrección y su Ascensión. De hecho, un intervalo de tiempo similar es lo que incitó a San Agustín a declarar: «Creo que la vida en sí misma está representada por el número cuarenta [...] no sin razón permaneció el Señor en esta tierra cuarenta días, después de su Resurrección, mientras conversaba con sus discípulos en esta vida» (citado en Horn y Born, 1975: 358).

Otra prueba más de la importancia del cuarenta como unidad cuantitativa en la Cristiandad serían los Santos conocidos como los Cuarenta Mártires, cuyo día de fiesta cae el 10 de marzo. De acuerdo con las enseñanzas católicas, estos mártires eran unos cuarenta soldados que murieron en el año 325 d.C. en Sebaste, la actual Sivas, Turquía. Por toda Turquía santuarios cristianos abandonados, dedicados a los Cuarenta Mártires, han sido ocupados por los musulmanes y cada uno de ellos convertidos en emplazamiento religioso, dedicado a cuarenta santos musulmanes o transformados por la leyenda en el lugar favorito de cuarenta *djinn* (genios; Hasluck, 1912-13: 227).

En realidad, el número cuarenta como medida cuantitativa es tan importante en el Islam como en el Judaísmo o en el Cristianismo. Como resumió Hasluck, esta tradición incluye, sólo en Turquía, «los Cuarenta

Santos sobre la Tierra, los Cuarenta Abdals, las Cuarenta Víctimas, los Cuarenta Santos que se aparecieron a Santa Sofía, los Cuarenta Testigos del Aksa Mosque en Jerusalén, los Cuarenta Compañeros del Profeta en Damasco, los Cuarenta Santos de Tekrit (en el Tigris), de Ramleh y de Yoroskeui en el Bósforo; un grupo de Cuarenta Santas (Kirk Sultan) son veneradas cerca de Arkbaba, de nuevo en la parte asiática del Bósforo» (Ibid.: 223). Ashraf Ghani nos dice que a diez millas al oeste de Kabul, Afganistán, hay un santuario dedicado a los cuerpos de los Cuarenta Mártires; en este caso, se refiere a aquellos que introdujeron el Islam en ese país en el siglo XVIII (Ghani, comunicación personal). La tradición cuenta que existe un túnel bajo tierra que recorre todo el camino desde este santuario hasta la Meca. Por todo Afganistán se piensa que, para convertir una ciudad en un centro de peregrinaje mundial, ésta debía alojar cuarenta profetas o santos musulmanes. En muchos lugares de Afganistán, la creencia insiste en que sólo treinta y nueve profetas o santos habían vivido en este sitio concreto; con uno más, la ciudad se habría convertido en un magnífico centro de peregrinación, según los habitantes.

Por supuesto, esta tradición es reminiscente de la historia de Alí Babá, cuyos cuarenta ladrones estaban entroncados dentro de la tradición árabe y, hace ahora más de un siglo, dentro de las corrientes orales y literarias europeas (por ejemplo, Forster, 1852: 591-622). Los relatos turcos menos conocidos, recogidos bajo el título *La Historia de los Cuarenta Visires*, o *La Historia de los Cuarenta Días y las Cuarenta Noches* (Zada, 1886), también actúan como testigos en la importancia del número cuarenta en la cultura musulmana. Por tanto, hay muchos indicios de que en el Islam, como en el Judaísmo y Cristianismo, la unidad cuantitativa de cuatro veces diez es de amplia aceptación.

Esto nos lleva todavía a un tercer significado de cuarenta: su asociación simbólica con el nacimiento, espiritual o natural. Se dice que cuando Mahoma tenía cuarenta años, por ejemplo, el arcángel Gabriel se le apareció milagrosamente. Gabriel atrajo a Mahoma a una cueva y le pidió que leyera. A pesar de su supuesta ignorancia, Mahoma fue capaz de comprender el texto: «No hay otro dios que Dios, y Mahoma es su profeta». Esta revelación marca el comienzo del liderazgo religioso de Mahoma. Para simbolizar el acontecimiento, los musulmanes deben recitarlo al empezar el día. De este modo, la transformación espiritual de Mahoma a los cuarenta años se vuelve a representar por los creyentes todas las mañanas: el comienzo de cada día se convierte en símbolo de un renacimiento espiritual.

Dada esta historia, no es sorprendente que un número de conocidos santos islámicos experimentaran cambios decisivos a los cuarenta años;

ésta es la edad en que, por ejemplo, Abu Bagr se convirtió (Buttrick, 1962: 565). Es también la edad en que, de acuerdo con el Corán (46: 14), se dice que un hombre alcanza la máxima potencia. Según la doctrina oficial islámica, así como el curso de la vida de su mayor profeta, la edad de cuarenta se define como el principio de una nueva etapa en la vida, una etapa caracterizada esencialmente por la madurez, sea ésta física o espiritual.

La creencia islámica que considera esta edad de madurez también se encuentra en la tradición hebrea. Se dice que, del mismo modo que Mahoma, algunas figuras claves del Judísmo alcanzaron la capacidad del liderazgo y el despertar espiritual a los cuarenta años. Recordaremos que Moisés tenía cuarenta años cuando abandonó Egipto y se unió a los israelitas como líder. Una versión popular de la historia de Abraham cuenta que éste reconoció a Dios a los cuarenta años (Ginzberg, 1938: V.209), y también se dice que Caín y Abel tenían cuarenta años cuando ofrecieron su sacrificio (Ibid., V: 136). En la tradición judía, los personajes históricos y religiosos empiezan sus nuevos estadios de vida a los cuarenta años. Isaac tenía esa edad cuando se casó con Rebeca (*Génesis*, 25: 20) y Esaú cuando se casó con Judith (*Génesis*, 26: 34). El hijo de Saúl, Ishbosheth, comenzó su reinado sobre Israel cuando tenía cuarenta años (*2 Samuel*, 2: 10) y se dice que Ester tenía la misma edad cuando fue llevada a la corte de Nabucodonosor (Ginzberg, 1938, VI: 459).

Pero es en las creencias y prácticas populares mediterráneas donde el énfasis sobre los cuarenta parece haber ejercido su conexión más explícita al nacimiento y renacimiento. Consideremos, sobre todo, la recuperación de cuarenta días después del parto y la purificación a que ha estado sujeta la mujer en las civilizaciones mediterránea y occidental durante generaciones. Entre los antiguos mandeos y judíos (Roscher, 1909: 99-101) la mujer estaba considerada impura durante el período de cuarenta días después de dar a luz, y permanecía recluida en este período, para evitar contagiar a la gente de su alrededor. La misma creencia se ha considerado tradicionalmente entre beduinos y árabes (Ibid.: 118). Frecuentemente, esta etapa de reclusión termina con algún ritual característico; en el Alto Egipto, por ejemplo, era común derramar cuarenta vasos de agua por la cabeza de la nueva madre, en el caso de un nacimiento masculino, y treinta vasos, si el nacido era niña, para simbolizar la purificación (Ibid.: 118).

En el Islam, una reclusión de cuarenta días es llevada a cabo por hombres o mujeres que se consideran con poderes curativos especiales. Para transformarse en curanderos efectivos, estos individuos dejan de hablar y de comer dulces y otros manjares durante cuarenta días, después de los cuales reconocen todos de algún modo sus dones sobrenaturales.

Al final de este período emergen renacidos, por así decirlo, con la capacidad de curar enfermedades y de influir de forma benévola o malévolamente (Ashraf Ghani, comunicación personal).

Aunque las líneas históricas precisas de influencia no han sido reconstruidas, está claro que la creencia y práctica de los cuarenta días con respecto al nacimiento se han transmitido a los EE.UU. Recientemente, en los últimos años de la década de los sesenta y principios de los setenta, cuando mis propias hijas nacieron, los doctores recomendaron con rutina la abstención de coitos durante seis semanas antes y después del parto. A las mujeres se les dice también en esos días que estaría bien dejar de trabajar seis semanas antes del esperado acontecimiento, y no volver a hacerlo hasta seis semanas después.

Esto nos lleva a la cuarta y última faceta del cuarenta, su significado simbólico como período de sacrificio y transición de un estado a otro. En la Biblia, por ejemplo, «cuarenta días o años es la duración común de la penitencia, ayuno, arrepentimiento [y] vigilia» (Buttrick *et al.*, 1962: 565); de ahí que cuarenta azotes (*Deuteronomio*, 25: 3) y no más (2 *Corintios*, 11: 24) fuera el típico y aconsejable castigo en tiempos bíblicos. Los cuarenta días de ayuno de Jesús en el desierto y la historia de Moisés en el Monte tienen similares alusiones penitenciales. No es sorprendente que el Islam comparta esta tradición: los musulmanes creen que los pecadores pasan cuarenta años después de su muerte en el infierno, como forma de arrepentimiento (Roscher, 1909: 124).

Pero quizá la asociación más común entre los cuarenta y la purificación se encuentra en las prácticas mediterráneas de luto. Desde los tiempos antiguos (*Génesis*, 50: 3) a la actualidad (Hand, Casetta y Thiederman, 1981, II: 1148-1249) las reclusiones de cuarenta días, o cuarentenas, se dan generalmente después de la muerte. De hecho, nuestro propio término inglés «quarantine» se deriva obviamente del latín *quadraginta*, que significa cuarenta.

Éstas, pues, son las cuatro facetas simbólicas del número cuarenta: cuarenta como sinónimo de mucho; como cantidad específica de cuatro veces diez; como símbolo del nacimiento y del renacimiento; y como señal de purificación, arrepentimiento y transición. Obviamente, estos cuatro significados están estrechamente relacionados entre sí. Tomemos la historia del Diluvio: cuarenta podría significar aquí un período preciso de tiempo, ilustrando así el número cuarenta como cantidad absoluta cuatro veces diez. Pero para aquellos que rechazan la interpretación fundamentalista de la Biblia, «los cuarenta días y las cuarenta noches» de lluvia significa que llovió durante mucho tiempo. Aquí cuarenta significa mucho. Como conexión entre cuarenta y el nacimiento o el renacimiento, el Diluvio repre-

sentó para la humanidad una segunda oportunidad. Cuarenta como transición también está presente en la historia del Diluvio: por ello fue un período de castigo y arrepentimiento, transformando una era pecadora en otra purificada.

Con respecto a los orígenes geográficos de la importancia cultural del número cuarenta podemos deducir, junto con Roscher (1909) y Hasluck (1912-13), que la parte este del Mediterráneo formó el epicentro del síndrome. Los antiguos judíos, como los babilonios y otros que los rodeaban, hicieron un uso importante del cuarenta en sus creencias y prácticas. En virtud de la cronología, pues, probablemente son ellos los responsables de la transmisión de este modelo a los primeros cristianos y a los árabes. Es fácil conjeturar cómo la importancia del cuarenta entró y se difundió desde la zona este mediterránea por toda Europa y, desde allí, a América. Obviamente, de nuevo la religión desempeñó el papel fundamental.

No obstante, lo que me gustaría poner aquí de manifiesto es que los cuatro significados simbólicos del cuarenta corresponden a formas diferentes en que esta edad ha sido tratada con respecto al curso de la vida. Observemos brevemente cada una de las analogías:

1. *Cuarenta como sinónimo de mucho*: Este significado es consecuente con las nociones populares de que la gente que tiene cuarenta años es mayor, esto es, que ha cumplido un gran número de años.

2. *Cuarenta como cantidad cuatro veces diez*: Este significado es consecuente con las fases teóricas del desarrollo humano, que ven los años cercanos a la edad de cuarenta como representantes de una entidad singular de desarrollo, la primera o la segunda parte de la vida.

3. *Cuarenta como nacimiento y renacimiento*: Este significado se corresponde con las ideas de autorrealización. Se nos dice que es a los cuarenta años cuando los hombres forman nuevas familias, cuando la gente comienza nuevas carreras, y cuando las oportunidades se presentan para provecho personal.

4. *Cuarenta como arrepentimiento, castigo y transición*: Este significado se corresponde con la noción de la crisis de la mitad de la vida a los cuarenta, un período de agonía emocional, trastorno y duda. Estos sentimientos, de acuerdo con las ideas populares, aumentan las penas necesarias para renacer como un ser nuevo y mejor, requeridas para restaurar la estabilidad psicológica.

Con estas atribuciones simbólicas, sorprendentemente similares al número cuarenta y a la edad de cuarenta, parece que los significados de un dominio han pasado al otro. Específicamente, sostengo que nuestros

sentimientos sobre el número cuarenta, transmitidos a través del discurso popular, la religión y otros aspectos de la cultura mediterránea, han ejercido una fuerte influencia inconsciente en la forma en que reaccionamos a los cuarenta años.

Ideas bien asentadas sobre el número cuarenta justifican el origen de nuestras creencias sobre esta edad. La larga persistencia de tales ideas, no obstante, puede ser explicada solamente por su repetida codificación y diseminación. Volvamos, por vía de ejemplo, al Acta de Discriminación por Edad en el Empleo (ADEA). Tenemos aquí una ley que está diseñada para proteger a las personas de cuarenta años contra los prejuicios de la edad. Aún es posible que la legislación no sólo refleje las definiciones culturales de edad, sino también que las refuerce: la ADEA, situando a la gente de cuarenta años en una categoría especial, probablemente perpetúa estereotipos muy antiguos sobre la edad. De igual modo, psicólogos académicos y famosos que propagaron la idea de que los cuarenta años son una edad crucial, en seguida reflejaron y promovieron un simbolismo establecido en el número. A veces, parece que incluso recomiendan el cambio a los cuarenta, más que describirlo simplemente.

4. RESISTENCIA SIMBÓLICA Y CAMBIO

Para terminar, me gustaría tocar brevemente dos formas en que los cuarenta años han retenido su significado simbólico generalizado, mientras se alteraba su significado específico. En primer lugar, está la transformación de los cuarenta como comienzo de la edad adulta, y luego como edad intermedia. Gracias al brillante ensayo de Creighton Gilbert, *When did a Man in the Renaissance Grow Old* (1967) (*¿Cuándo se volvía mayor un hombre del Renacimiento?*), tenemos pruebas incontrovertibles de que por toda la joven Europa Moderna los cuarenta no fueron sólo una edad básica, sino que también marcó la entrada en la vejez.

Y no era ésta una ideología vacua, desprovista de consecuencias prácticas. En Venecia, por ejemplo, el Consejo de los Diez —el organismo político más poderoso de la ciudad— requería como edad mínima exigida los cuarenta años (Finlay, 1980: 126). Es en este momento de la vida cuando se consideraba que los hombres poseen suficiente madurez y buen juicio para sentarse en el Consejo. Al mismo tiempo, a lo largo de los siglos desde el Renacimiento hasta la actualidad, los cuarenta años se han considerado como precursores de la muerte. A este respecto, no hay diferencia entre William Shakespeare, cuyo segundo soneto es un elocuente lamento del deterioro fisiológico a los cuarenta años, y G. Stanley Hall,

autor en 1922 de un gran estudio titulado *Senescence* (Senectud), estado de la vida que creemos empezar a los cuarenta.

Después de la Segunda Guerra Mundial, sin embargo, esta edad comenzó a adquirir nuevos significados. En vez de simbolizar una edad avanzada vino a representar una edad intermedia. Esta redefinición deriva, sin duda, de lo que Colson ha identificado como la ruptura de un «sistema completamente perdido de categoría de edad» (Full-blown age-grade system) en EE.UU. (Colson, 1977: 190). Hareven también se dio cuenta de la creciente «segmentación del curso de la vida en fases más formales» y la existencia de «transiciones uniformes y rígidas de una fase a otra» (Hareven, 1978b: 213). La reciente división acelerada del curso de la vida en varias fases distintas es, por supuesto, una extensión de las tendencias que han pervivido durante siglos. Primero, la infancia se definió como una fase separada (Aries, 1965), luego venía la adolescencia (Hall, 1904). Más recientemente, ha emergido una nueva categoría de personas, llamada «jubilados» o de tercera edad, con sus propios hábitos y costumbres distintivas. Estas personas —en palabras de Frances Fitzgerald, «la primera generación de personas retiradas saludables y económicamente independientes de la historia» (1983: 54)— han creado, en efecto, una nueva subcultura de la que las multitudinarias comunidades de retiro, que han crecido en zonas de sol, son su más extrema manifestación. Es la edad del retiro, sobre todo, lo que define este grupo de términos cronológicos.

La categoría social de «edad intermedia» está casi en el mismo grado de definición, con una excepción: todavía no hay fronteras cronológicas claras sobre esta edad. Con ella, entramos en el terreno de la ambigüedad cronológica: es como si esta fase de la vida fuese simplemente una categoría residual, intercalada entre otros dos períodos bien definidos. Para proveer esta fase de la vida de alguna existencia concreta, la edad de cuarenta ha sido recategorizada —como siempre, un recurso cultural— como la quintaesencia representativa de nuestros años intermedios.

Este simbolismo numérico permite que las personas se sitúen ellas mismas con referencia a otros grupos de edad mejor delimitados. Esto ha proporcionado una especie de pilar o punto de referencia, que parece ser necesario en nuestra actual consciencia de edad y en la creciente sociedad de diferentes edades en la que vivimos. Así, los cuarenta han llegado a ser el símbolo de lo intermedio más que la vejez, aunque mantienen su significado global como final de la juventud, el punto en que la gente empieza a contar hacia atrás desde la muerte, en vez de hacia adelante desde el nacimiento.

El segundo y último cambio que discutiré concierne a la redefinición de las mujeres. Como dijimos con anterioridad, hasta hace poco tiempo

la demarcación de los cuarenta años se aplicaba sólo a hombres. El desarrollo reciente ha convertido esta edad en un umbral para las mujeres más significativo de lo que era en un principio. Para entender por qué, recordaremos la observación de Ortner, en la que normalmente se concibe a los hombres cercanos a la cultura, y a las mujeres cercanas a la naturaleza (Ortner, 1972). Los cuarenta años, más como frontera cultural que biológica, se ha aplicado más consistentemente a los hombres. Cuando psicólogos académicos y famosos empezaron a escribir sobre la crisis de la mitad de la vida, y lo situaron a los cuarenta años o rondándolos, hablaron principalmente sobre los hombres. Trastornos sexuales, transiciones ocupacionales, rupturas familiares: éstos y otros fenómenos similares se atribuyeron durante los sesenta y principios de los setenta a cambios que seguían ocurriendo dentro de los hombres.

Quizá la ruptura más temprana de este modelo sea un ensayo altamente innovador: *Forty-year old Jitters in Married Urban Women* (*El miedo a los cuarenta en mujeres casadas de ciudad*), que Jules Henry publicó por primera vez en 1965 y que ha sido reeditado varias veces desde entonces. Este artículo representa una de las primeras manifestaciones claras de la crisis de la mitad de la vida en mujeres de cuarenta años, más que en los hombres. Escrito en los sesenta, refleja una de las visiones más tradicionales de las mujeres de mediana edad. Leemos, por ejemplo, que las mujeres experimentan la menopausia alrededor de las cuarenta años y, desde que tienden a sobrevalorar la fertilidad, este cambio de vida induce a la depresión (Henry, 1973: 141). También leemos algo sobre el síndrome del nido vacío y sus aplicaciones en estas mujeres (Ibid.: 139-140). Además, dice Henry, las mujeres de cuarenta años son víctimas por el hecho de que sus maridos a esta edad pueden «fijarse en una mujer joven y bonita en busca de tranquilidad y seguridad propia», al tiempo que las esposas se están convirtiendo en «triponas, pechugonas y depresivas» (Ibid.: 137-144). Todas estas supuestas causas para el miedo se entienden en términos de función natural: la mujer como procreadora, como madre, como sirena. Y aún así, Henry es excepcional en cuanto que basa estos problemas en un marco cultural, los cuarenta años.

Desde el movimiento feminista de los setenta, y cada vez más en los ochenta —y especialmente desde la integración de la mujer en el mundo laboral—, se ha producido una redefinición de las mujeres. Notablemente, su curso de vida se ha visto más definido por indicadores económicos que en el pasado, concretamente los ritmos de empleo. Como consecuencia, la mujer se ha visto retratada cada vez más como sujeto de esos demarcadores del curso de la vida, como los cuarenta años, que son más culturales que biológicos. Así, en 1975, Janet Harris escribió *The Prime of*

Ms. America: The American Woman at Forty (El origen de la Srta. América: La mujer americana en los cuarenta) y en 1979 Ruth Harriet Jacobs publicaría *Life After Youth: Female, Forty. What Next?* (La vida después de la juventud: Mujer, cuarentona, ¿qué más?). Ciertamente, el proceso de redefinición ha sido desigual e incompleto. Recientemente, en 1983, una psicóloga especialista en la duración de la vida, retirada y mujer, se rió entre dientes cuando describí mi investigación: «¿Tiene Ud. cuarenta años?», preguntó; y cuando asentí, añadió: «¿por qué será que todos los hombres están siempre pendientes de los cuarenta años? Eso no significa nada para las mujeres, sabe?». Su testimonio era un mero reflejo de las circunstancias tradicionales en las cuales ella misma había estado socializada.

Ésta, pues, es la esencia de la historia que hemos estado examinando: principalmente, los hombres, pero cada vez más las mujeres, se enfrentan a un momento crucial a los cuarenta años. A ambos niveles, popular y científico, los cuarenta juegan un importante papel en nuestro plan de vida. Tanto si los individuos, hombres o mujeres, reproducen o no realmente los detalles de esta historia con sus propias vidas, este relato sonará bien en sus oídos. Al menos ha tenido éxito en la fantasía colectiva. Y dado que la mayor parte de esta historia se enfrenta con sentimientos más que con acciones, de cualquier modo es imposible negar su realidad emocional al público lector. Si uno no puede interpretar sus propias experiencias a la luz del relato, seguramente uno puede identificar a otros para quienes la historia encaja.

En parte, el éxito de esta historia puede atribuirse a su ambigüedad. Los adjetivos que se utilizan para describir emociones generalmente facilitan la suficiente amplitud para permitir que todo el mundo se identifique, por lo menos, con alguno de ellos. De este modo, el retrato de lo que ocurre a los cuarenta años nos proporciona un modo de interpretación del comportamiento y de los sentimientos irracionales. Nuestra herencia cultural —específicamente, los múltiples significados simbólicos del número cuarenta— se combinan con las circunstancias económicas, e incluso con nuestra estructura legal, para reforzar el significado de esa edad en nosotros. Y así, al igual que el trastorno adolescente americano que Margaret Mead describió tan agudamente (1949), los cuarenta se convierten en una edad en la que se espera de nosotros, e incluso se nos alienta, a dejarse flotar temporalmente, o a cambiar efectivamente la dirección de la vida.

La experiencia puede parecer biológica porque la consideramos inherente al desarrollo humano. Pero es realmente nuestro sistema simbólico quien lo define por nosotros y, de este modo, fomenta su existencia.

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo se elaboró durante un período de tiempo facilitado por la Universidad de California. Versiones anteriores sobre este tema se expusieron en el Colegio Hobart y William Smith, en la Universidad de California, Berkeley; y en Israel, en la Universidad de Ben Gurion, Universidad de Bar Ilan y en la Universidad Hebrea. Amigos y colegas de todas estas instituciones me ofrecieron consejos y ánimos.

En suma, me gustaría agradecer a Judith Brandes, Stanley Chojnacki, Howard Gardner, Marjorie Fiske, Daniel Levinson, William McKinley Runyan, Ashraf Ghani, Galit Hasan Rokem, Jesús de Miguel, Joan Prat, y Uli Linke por las conversaciones y sugerencias editoriales que ayudaron a formular el manuscrito final. Ninguna de estas personas es responsable de errores de hecho o interpretación que pueden estar contenidos en él.

BIBLIOGRAFÍA

- ACSADI, G., and J. NEMESKERI, 1970: *History of Human Life-Span and Mortality*. Budapest: Akademiai Kiado.
- ARIES, PHILIPPE, 1965: *Centuries of Childhood* (Robert Baldick, tr.), New York: Random House.
- BOISSEVAIN, JEREMY, 1979: «Towards a Social Anthropology of the Mediterranean», *Current Anthropology*, 20: 81-94.
- BUTTRICK, GEORGE ARTHUR, et al., 1962: *The Interpreter's Dictionary of the Bible*. vol. 3, New York: Abingdon.
- COLSON, ELIZABETH, 1977: «The Least Common Denominator», *Secular Ritual* (Sally F. Moore and Barbara G. Meyerhoff, eds.), pp. 189-198. Assen/Amsterdam: Van Gorcum.
- DAVIS, JOHN, 1977: *People of the Mediterranean: An Essay in Comparative Social Anthropology*. London: Routledge and Kegan Paul.
- DAVITZ, JOEL, and LOIS DAVITZ, 1976: *Making it from 40 to 50*. New York: Random House.
- DUBLIN, LOUIS I., ALFRED J. LOTKA, and MORTIMER SPIEGELMAN, 1949: *Length of Life: A Study of the Life Table*. New York: Ronald.
- DUNDES, ALAN, 1978: «The Number Three in American Culture», *Essays in Folkloristics*, by Alan Dundes, pp. 129-158. Meerut, India: Folklore Institute.
- EDELMAN, CHARLES D., and ILENE C. SIEGLER, 1978: *Federal Age Discrimination in Employment Law: Slowing Down the Gold Watch*. Charlottesville, Va.: Michie.
- FINLAY, ROBERT, 1980: *Politics in Renaissance Venice*. New Brunswick: Rutgers University Press.
- FITZGERALD, FRANCES, 1983: «A Reporter at Large: Interlude», *New Yorker Magazine*, April

25: 54-109.

- FORSTER, EDWARD, tr., 1852: *The Arabian Nights' Entertainments*. London: Willoughby.
- FRIED, BARBARA, 1967: *The Middle-Age Crisis*. New York: Harpor and Row.
- GARCHICK, LEAH: «Interview with P. D. James», *San Francisco Chronicle*, Review Section, October 24: 11.
- GAIGNEBET, CLAUDE, and MARIE-CLAUDE FLORENTIN, 1979: *Le Carnaval: Essais de Mythologie Populaire*, Paris: Payot.
- GAY, JOHN, and MICHAEL COLE, 1967: *The New Mathematics and an Old Culture: A Study of Learning Among the Kpelle of Liberia*. New York: Holt, Rinehart, and Winston.
- GILBERT, CONRAD MILLER, 1948: *We Over Forty: America's Human Scrap Pile*. Philadelphia: Westbrook.
- GILBERT, CREIGHTON, 1967: «When Did a Man in the Renaissance Grow Old?», *Studies in the Renaissance*, 14: 7-32.
- GINZBERG, LOUIS: 1938: *Legends of the Jews*. 7 vols., Philadelphia: Jewish Publication Society of America.
- GLICK, P. C., and R. PARKE, Jr., 1965: «New Approaches in Studying the Life Cycle of the Family», *Demography*, 2: 187-202.
- HALL, G. STANLEY, 1922: *Senescence: The Last Half of Life*. New York: D. Appleton.
- HAND, WAYLAND D., ANNA CASETTA, and SONDRÁ B. THIEDERMAN, eds., 1981: *Popular Beliefs and Superstitions: A Compendium of American Folklore from the Ohio Collection of Newball Niles Puckett*, 3 vols., Boston: G. K. Hall.
- Hareven, Tamara K., 1978a: «The Historical Study of the Life Course», *Transitions: The Family and the Life Course in Historical Perspective* (Tamara K. Hareven, ed.), pp. 1-16, New York: Academic Press.
- 1978b: «The Last Stage: Historical Adulthood and Old Age», *Adulthood* (Erik H. Erikson, ed.), pp. 201-216, New York: W. W. Norton.
- HARRIS, JANET, 1975: *The Prime of Ms. America: The American Woman at Forty*, New York: Putnam.
- HASAN-ROKEM, GALIT, 1982: *Proverbs in Israeli Folk Narratives: A Structural-Semantic Analysis*, Folklore Fellow Communications, No. 232, Helsinki: Suomalainen Tiedeakatemia.
- HASLUCK, F. W., 1912-13: «The Forty», *Annual of the British School at Athens*, 19: 221-228.
- HENRY, JULES, 1973: «Forty-Year-Old Jitters in Married Urban Women», *On Sham, Vulnerability, and Other Forms of Self-Destruction*, by Jules Henry, pp. 128-148, London: Penguin.
- HORN, WALTER, and ERNEST BORN, 1975: «On the Selective Use of Sacred Numbers and the Creation in Carolingian Architecture of a New Aesthetic Based on Modular Concepts», *Viator: Medieval and Renaissance Studies*, 6: 351-390.
- JACOBS, RUTH HARRIET, 1979: *Life After Youth: Female, Forty-What Next?*, Boston: Beacon.
- JUDGES OF THE FEDERAL COURTS, 1975: *Federal Reporter*, 2nd Series, vol. 499, pp. 859-865, St. Paul, Minn.: West.
- 1976: *Federal Reporter*, 2nd Series, vol. 531, pp. 224-248, St. Paul, Minn.: West.
- JUNG, CARL G., 1969: «The Stages of Life» (R. F. C. Hall, tr.), *The Structure and Dynamics of the Psyche*, pp. 387-403, Princeton: Princeton University Press [Originally publishing 1931].
- KAKUTANI, MICHIKO, 1983: «Scorsese: The King of Americana Themes», *San Francisco Chronicle, Datebook*, March 13: 17, 26.
- LANDAU, MISIA LIPSCHUTZ, 1981: *The Anthropogenic: Paleoanthropological Writing as a*

- Genre of Literature*, Unpublished Ph. D. Dissertation, Yale University.
- LEVINE, ROBERT, 1980: «Adulthood Among the Gusii of Kenya», *Themes of Work and Love in Adulthood* (Neil J. Smelser and Erik H. Erikson, eds.), pp. 77-104, Cambridge: Harvard University Press.
- LEVINSON, DANIEL J., et al., 1978: *The Seasons of a Man's Life*, New York: Ballantine.
- LOWENTHAL, MARJORIE FISKE, et al., 1975: *Four Stages of Life: A Comparative Study of Women and Men Facing Transitions*, San Francisco: Jossey-Bass.
- MCMORROW, FRED, 1974: *Midolscence: The Dangerous Years*, New York: Quadrangle.
- MAYER, NANCY, 1978: *The Male Mid-Life Crisis: Fresh Starts After 40*, New York: Signet.
- MEAD, MARGARET, 1949: *Coming of Age in Samoa*, New York: Morrow [Original de 1928].
- MURRAY, SIR JAMES A. HENRY, ed., 1933: *Oxford English Dictionary*, vol. 4, Oxford: Clarendon.
- ORTNER, SHERRY, 1972: «Is female to male as nature is to culture?», *Feminist Studies*, 1: 5-31.
- PARTRIDGE, ERIC, 1961a: *A Dictionary of Slang and Unconventional English*, New York: Macmillan.
- 1961b: *A Dictionary of Slang and Unconventional English*, vol. 2, Supplement, London: Routledge and Kegan Paul.
- PETERSON, ROBERT, 1967: *New Life Begins at Forty*, New York: Trident.
- PITKIN, WALTER B., 1932: *Life Begins at Forty*, New York: McGraw-Hill.
- PURTELL, THELMA C., 1963: *Generation in the Middle*, New York, Eriksson.
- RODRÍGUEZ MARÍN, FRANCISCO, 1930: *12.600 refranes más, no contenidos en la colección del maestro Gonzalo Correas ni en «Más de 21.000 refranes castellanos»*, Madrid: Festina Lente.
- ROGERS, DOROTHY, 1982: *The Adult Years: An Introduction to Aging*, 2nd Edition, Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall.
- ROSCHER, WILHELM HEINRICH, 1909: «Die Zahl 40 im Glauben, Brauch und Schrifttum der Semiten», *Abhandlungen der Philologisch-Historischen Klasse der Königlich Sächsischen Gesellschaft der Wissenschaften*, pp. 7-138, Leipzig: B. C. Teubner.
- SCANLON, J., 1979: *Young Adulthood*, New York: Academy for Educational Development.
- Stewart, T. D., 1962: «Comments on the Reassessment of the Indian Knoll Skeletons», *American Journal of Physical Anthropology*, 20: 143-148.
- STILL, HENRY, 1977: *Surviving the Male Mid-Life Crisis*, New York: Crowell.
- Tylor, Edward B., 1958: *The Origins of Culture*, New York: Haspel and Row [first published 1871].
- ZADA, SHEYK, 1886: *The History of the Forty Vezirs: or The Story of the Forty Moyns and Eves* (E. J. W. Gibb, tr.), London: George Redway.

STANLEY BRANDES
 Universidad de California, Berkeley

Es un hecho general, dentro del mundo occidental y especialmente del Mediterráneo, que los hombres creen sufrir una crisis personal al cumplir 40 años. Incluso ha recibido ya múltiples explicaciones «científicas» de índole variada (demográfica, ciclo doméstico, prácticas de empleo laboral, fisiológica, psicológica, etc.) que, tras un examen minucioso del autor, demuestran ser finalmente explicaciones subjetivas, y sujetas a patrones culturales. Más que un hecho físico, se trata de un simbolismo numérico muy arraigado, como demuestra el hecho de que tales patrones y símbolos pueden variar, como ha ocurrido recientemente, debido a circunstancias socioeconómicas nuevas (incorporación femenina, aumento del ciclo de vida, etc.).

In the western world, and particularly in the Mediterranean countries, it is generally accepted that men believe they experience a personal crisis at age 40. This even has been the subject of «scientific» explanations in which various factors such as demography, the home cycle, practices in the workplace, and physiological and psychological circumstances have been considered. The author, however, argues that what lies behind these «crises» is the power of symbols. There is a correspondence between the way we think of numbers and the way we think of ages; and potent symbols, like age 40, can endure because their meanings are transformed in accordance with evolving socioeconomic circumstances.